

LA NOVELA DE COSTUMBRES (1903-1905) ¿AL SERVICIO DE LA CONSTRUCCIÓN DE UNA ESPECIFICIDAD ARAGONESA?

Elisabeth DELRUE

Universidad de Amiens

Juan Blas y Ubide (1852-1923) escritor y político que cursó estudios de derecho en Zaragoza tuvo que huir a Bayona (Francia) a raíz de la proclamación de la República. Sólo regresa a Madrid en 1875 donde malvive como profesor de Retórica en el colegio de agustinos recoletos y trabajando en la Fiscalía de Imprentas. Al trasladarse a Calatayud, pasa a ser jefe local de los conservadores y fundador del Círculo Católico de Obreros.

José María Matheu (1847-1929) es abogado y escritor. Licenciado en derecho por la universidad de Zaragoza, alternó su carrera jurídica con la literaria, cultivando diversos géneros literarios con una predilección por la prosa narrativa.

Ambos escritores publican en la *Revista de Aragón* de la cual el segundo es cofundador, una novela de costumbres aragonesas, respectivamente, *Sarica la borda* en 1903, *El Pedroso y el Templao*, en 1904 y 1905.

Aproximación metodológica y teórica

La construcción de la especificidad aragonesa en las dos novelas constituye, a un tiempo, una respuesta a un doble contexto y a requisitos ideológicos y editoriales. El doble contexto es, por una parte, el de la herencia literaria y cultural en la cual se inscriben y que prolongan y, por otra, el contexto socio-político que condiciona y provoca su emergencia¹. Los requisitos ideológicos y editoriales son los de su soporte de difusión, *La Revista de Aragón*.

1. Nos referimos aquí a la teoría de Geneviève Champeau desarrollada en su libro *Les enjeux du réalisme dans le roman sous le franquisme*, Madrid, Casa de Velázquez, 1995, pp. 11-20. Véase al respecto

El costumbrismo es obviamente la tradición literaria a la que remiten ambas obras cuyo subtítulo («novela de costumbres aragonesas», «costumbres aragonesas») atestigua tal filiación genérica. Pero no por ello se debe descartar del marco literario y cultural de estos dos libros, el romanticismo y la novela regional. De hecho, durante el siglo XIX, los aragoneses y el resto de los españoles se convirtieron en portadores de rasgos pintorescos que fascinaban a los viajeros románticos¹ atraídos por lo característico y lo diferente, que se encarnaba en la cotidianidad de ciertas tradiciones y tipos nacionales, y que recogían en sus libros de viajes. A la par, los autores costumbristas² se propusieron refutar la imagen de España así difundida por los visitantes extranjeros en sus producciones literarias, aunque, en realidad, ambas miradas pintoresquistas caminaban por sendas paralelas e incluso los escritores españoles registraron e interiorizaron como válidas muchas de las imágenes empleadas por los viajeros románticos.

En cuanto a la novela regional, huelga decir que las novelas españolas realistas de las dos últimas décadas del siglo XIX definieron, captándola, la esencia de lo regional y precisaron, plasmándola, la identidad local³. O dicho de otro modo, huelga decir que fueron meras novelas regionales.

Ahora bien: simultáneamente a esta producción literaria, y ello constituiría otro elemento del marco cultural, conjuntamente, a principios del siglo XX, se estrenaron grandes zarzuelas con Aragón, la jota, los Sitios y los repatriados de Cuba como temas predilectos de la acción teatral y se canonizaron tipos, trajes populares y costumbres ancestrales de Aragón, tanto en la pintura como en el arte periodístico de las ilustraciones gráficas, carteles de fiestas y prospectos publicitarios, o en el trabajo etnográfico desplegado por fotógrafos y directores de documentales⁴.

A este contexto literario y cultural que pontifica lo aragonés corresponde, en contrapartida, claro está, el contexto socio-político del entresiglo que propicia la plasmación cultural de tales planteamientos con su debate identitario nacional ramificado en regionalismo y nacionalismo. La crisis simbólica del Estado-nación y el desprestigio de España en cuanto «nación moribunda», a raíz del desastre de 1898, constituyó, efectivamente, la plataforma de despegue real para unos nacionalismos periféricos cuya gestación ideológica estaba ya definida con

Dominique Maingueneau *Le contexte de l'œuvre littéraire : énonciation, écrivain, société*, Paris, Dunod, 1993, p. 24; Paul Ricoeur, *Réflexion faite. Autobiographie intellectuelle*, Paris, Ed. Esprit, 1995, pp. 56-57.

1. Véase Esther Ortas Durand «El pintoresquismo de personas, tipos e indumentarias aragoneses según los viajeros de la primera mitad del siglo XIX», in José Carlos Mainer y José María Enguita (Eds.), *Localismo, costumbrismo y literatura popular en Aragón*, Zaragoza, CSIC, 1999, pp. 173-200.
2. Fermín Gil Encabo «Bosquejo histórico-literario del costumbrismo aragonés», *op. cit.*, pp. 51-70.
3. Juan Pablo Fusi, *España: la evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, p. 198.
4. Véase Manuel García Guatas «La imagen costumbrista de Aragón», *op. cit.*, pp. 123-126.

anterioridad. El regionalismo¹ se relacionó con la hegemonía económica que iba conquistando la clase burguesa. Y en Aragón, los inicios del mismo sólo se pueden entender refiriéndose al papel desempeñado por Zaragoza como capital económica, social y política en la que se dieron cita abogados, médicos, periodistas, literatos que defendieron como en casi todas partes, la identidad regional².

La *Revista de Aragón* es una publicación mensual impresa en Zaragoza por los talleres de Cecilio Gasca, que se publicó del 1 de enero de 1900 al 1 de diciembre de 1905 cuando el catedrático de Historia Eduardo Ibarra y el arabista Julián Ribera, sus fundadores, destacados renovadores del contenido y enfoque docente de sus disciplinas³, se trasladaron en espacio de unos años a la Universidad de Madrid. Si esta revista resucitaba la primitiva cabecera de otra creada en 1878, la que se presentó como su continuadora⁴, *Cultura española*, vio la luz en los primeros meses del año 1906 en manos de los mismos fundadores y se editó desde Madrid y Zaragoza.

1. La palabra «regionalismo» aparece en español a raíz de la presentación del *Memorial de agravios* de Cataluña en marzo de 1885 en Madrid, en la conclusión del documento. En ella, los redactores afirmaban que el regionalismo, es decir la reorganización regional del Estado cuyo centralismo unificador denunciaban era la única fórmula de salvación a la vez nacional y catalana. A partir de ese momento, la palabra recorrió toda España. En 1886, la aparición de *La España Regional* en Barcelona, impulsada por algunos de los inspiradores del *Memorial de Agravios*, legitimó en términos políticos la reorganización regional del Estado español hasta 1893, basándose en dos ideas fundamentales, la definición y defensa de un regionalismo y un catalanismo católicos, la afirmación del regionalismo como verdadera realidad de España, fundamento de la unidad nacional y clave para la descentralización territorial del Estado. Dicha revista perseguía la reforma del Estado centralista, liberal y constitucional, y su sustitución por un Estado monárquico, descentralizado y regionalizado en el que los principios unitarios, el derecho común español y las instituciones políticas liberales – Parlamento, partidos políticos, sufragio universal – fueran reemplazados por instituciones regionales y principios políticos tradicionales e históricos y por el derecho privativo de cada región. Fue un regionalismo que, lejos de cuestionar la unidad de España, veía en la descentralización y en la afirmación de la personalidad de las regiones, y en primer lugar de la personalidad catalana, la mejor fórmula para salvaguardar la unidad catalana. El regionalismo era en la mayoría de los casos un sentimiento vago no político, una simple manifestación de afecto y orgullo localista, era integrador y complementario de los sentimientos españolistas que impregnaban la conciencia de una mayoría de españoles en las distintas regiones y provincias del país. (Véase Juan Pablo Fusi, op.cit, pp. 198-213; Javier Sebastián Fernández y Juan Francisco Fuentes (dir.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, «Regionalismo», pp. 608-612).
2. En Aragón, se toma como punto de partida del regionalismo las iniciativas auspiciadas por los republicanos federales en 1883, cuando reunidos en Zaragoza los días 22 y 23 de marzo de aquel año, elaboraron el «proyecto de Pacto o Constitución Federal del Estado Aragonés». Tras estos inicios, el aragonesismo quedó limitado al ámbito cultural. Desde 1894 se organizan Juegos Florales en Zaragoza, asumiendo *El Heraldo de Aragón* la bandera del aragonesismo desde el año siguiente. Su incidencia política durante el primer tercio del siglo XX fue insignificante, careciendo de organizaciones políticas estables (Véase Manuel Morale Muñoz, «Regionalismos y nacionalismos no históricos en la España de la Restauración, 1874-1931» in Guereña Jean-Louis (dir.) *Les nationalismes dans l'Espagne contemporaine*, Paris, Edition du Temps, 2001, p. 219).
3. Ambos investigaron en fuentes históricas originales.
4. Llevaba como subtítulo «antes *Revista de Aragón*».

En cuanto a La *Revista de Aragón*, cabe decirlo, fue creada para servir a los intereses más renovadores para la región, tanto culturales como económicos y sociales, según proclama su advertencia preliminar: «La Revista dará cuenta de los acontecimientos que ocurran y sean dignos de llamar la atención pública; además tratará de historia, literatura, ciencias físicas y naturales, medicina, filosofía, industria, comercio, agricultura, política, etc. etc.»¹. Consistió, por tanto, hasta 1902, en una amalgama de estudios puesto que en ella tuvieron cabida artículos sobre excursionismo, la difusión de los valores literarios aragoneses del momento, la preocupación por el legado foral y crítica política de la inoperancia del sistema o el servicio a los «intereses materiales» del territorio. A partir de entonces, se estructuró en secciones fijas, una *sección general* en la que se abordaron variados temas, una *sección de Filosofía*, otra de *Historia* y la de *Bibliografía*. En 1903, se incorporó a ellas la de *Arte*, y finalmente, se añadieron las de *Pedagogía* y *Filología*, en 1904.

La presentación de la publicación la define como católica, apartidista y «regional, pero no se entienda por eso que ha de ser regionalista, en el sentido de las sectas y tendencias que con esta denominación se estilan ahora»². Y si bien afirmaban los fundadores que la revista cuidaría especialmente de ser sencilla, para ser leída y entendida por altos y bajos, sabios e ignorantes, en realidad, su público lo componían los propietarios oscenses y los comerciantes zaragozanos que incluían en sus tertulias de casino a algún catedrático de Universidad³.

Esos parámetros que se autoalimentan interfiriendo y que, al fin de cuentas, remiten al contexto de producción ligado al espíritu del tiempo y al mensaje ideológico de la línea editorial de una revista cultural con lectores tipificados, no deben hacernos olvidar la materialidad textual de ambas novelas que también queda supeditada a requisitos propios. Ambos textos dimanan, por cierto, de un autor de carne y hueso con inconsciente propio, con ideología específica, con una historia personal, que decide consciente o inconscientemente amoldarse a las pautas heredadas de su contexto literario e impuestas por el marco socio-político de su producción, o pervertirlas, subvirtiéndolas para transmitir un mensaje ideológico específico conforme a la línea editorial de su soporte de difusión. Por tanto, la construcción de una especificidad aragonesa se esbozará en la imagen literaria de Aragón y de los aragoneses, pero no sólo en ella, también aflorará en los comentarios del narrador y en las relaciones que instaura con el lector.

1. «Al que leyere», pág. 1, in *Revista de Aragón*, tomo 1, n.º 1, enero de 1900.

2. *Ibid.*

3. José Carlos Mainer, *La edad de plata (1902-1939): ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983, p. 123.

La imagen literaria de Aragón y de los aragoneses

De hecho, esta imagen se transmite mediante la instancia narrativa, surge en la «voz» del narrador que, en ambas novelas, es extradiegético en la terminología de Genette¹. Y la aparición del narrador en dicha posición, es decir fuera de la «historia» facilita el careo entre dos universos, el que comparte con el lector tipo² al que destina el relato y el de los protagonistas a los que, a veces, cede la palabra. Pero, las modalidades de este careo difieren de una novela a otra a dos niveles interrelacionados. Primero, en *Sarica la borda*, se instaura un claro distanciamiento ante el mundo observado que se señala como ficcional y verosímil como en la cita siguiente: «De lo que aquella tarde se habló y se proyectó, tendrían muy pronto noticia los lectores en el desarrollo de esta verosímil historia»³.

Incluso aparece un distanciamiento temporal como lo prueba el juego de los déicticos: «como diríamos ahora», «como se dice ahora» vs «como se decía entonces».

En cambio, en *El pedroso y el templeao*, se mantiene, a veces, una ambigüedad narrativa de tal modo que no se sabe, a ciencia cierta, si se expresa el narrador o un protagonista al que delega la palabra como en el extracto siguiente del discurso del señor Fiscal donde se suceden estilo indirecto y discurso narrativizado:

Empezó, pues, con la mayor sencillez, diciendo que la sentencia de que se apelaba le parecía muy bien fundamentada si se atendía a los antecedentes del reo y al ambiente social en que se desarrollaron los hechos. Pero luego, sin hacer hincapié en su principal afirmación, dándola como cosa incontrovertible y lógica, expresó su deseo de conformarse con el espíritu y la letra de la ley, puesto que nuestro pueblo en sus desavenencias y disputas mostraba tener la mano muy dura, garra de león hecha para herir y despedazar a su enemigo⁴.

Segundo, en la narración propiamente dicha de *Sarica la borda*, y ello es consecuencia forzosa del primer nivel, del afán distanciador, tanto el abanico de referencias culturales supuestamente compartidas como el nosotros inclusivo enunciativo remiten a un locutor y a un destinatario hispánico culto que habla francés e italiano antes que a un receptor aragonés:

No queremos decir con esto que las chicas de Verospe fueran a modo de esas cándidas e inocentonas zagalas de las églogas pastoriles que sólo han existido en la imaginación de los poetas bucólicos [...]⁵.

-
1. Gérard Genette, *Figures III*, Paris, Le Seuil, 1972.
 2. El lector tipo constituye una abstracción de la que han de eliminarse todas las variaciones individuales. Es una encarnación del lector de carne y hueso que muy bien puede descartar el papel que le asigna el texto propuesto. (Véase Umberto Eco, *Lector in fabula*, Paris, Grasset, 1985).
 3. Juan Blas y Ubide, *Sarica la borda*, Zaragoza, La Val de Onsera, 1993, p. 27.
 4. José María Matheu, *El pedroso y el templeao*, Zaragoza, Mariano Escar tipógrafo, 1905, p. 78.
 5. José Blas y Ubide, *op. cit.*, p. 67.

[...] una Ofelia del Mediodía¹.

En remembranza de aquel jubiloso día Pepe y Antonia [...] solían repetir el beso de la penitencia en los saludos y despedidas, cuando estaban solos, y de las manos pasaron a las mejillas, y de las mejillas a la boca, y *homni soit qui mal y pense* [...]².

[...] la sonrisa de la *rita nuova*, fue el encanto de Cerrillares [...]³.

[...] algunas botellas de anisados y de vinos secos y dulces del país que nada tenían que envidiar al Jerez y al Málaga⁴.

O dicho de otro modo, en ningún momento, el narrador habla en nombre de aragoneses o se dirige al patrimonio cultural de los mismos y es notorio al respecto el uso frecuente de las bastardillas para retomar en su discurso deformaciones lingüísticas del habla de los protagonistas o los giros en tercera persona del plural que distancian ambos mundos, el aragonés y el español:

Contrajo relaciones con algunos prohombres de la ciudad y se hizo *progresista*, que le dijeron que era partido de prosperar y así llegó él a ser concejal y alcalde y juez de paz y elector influyente y casi un personaje⁵.

Otros tornean la parva o descansan a la sombra de las hacinas y allí están todos en la dilatada escalinata de las eras, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, chicos y chacos, como ellos dicen [...]⁶.

En cambio, la instancia narrativa de *El Pedroso y el Templao*, si bien maneja, a veces, medio verdades comunes al pueblo español o al ser humano, en general, no vacila en fundirse en una especie de conciencia colectiva aragonesa:

Conocen todos el punto en que los jueces se reunían, nuestra vieja Audiencia, antiguo solar de los Lunas ennoblecido por la patina del tiempo [...]. No hay, pues, necesidad de detenerse en la pintura de todos estos detalles exteriores [...] que existen todavía para el público curioso [...]⁷.

Ello se debe, sin duda, a los hechos biográficos del individuo histórico-autor que resurgen, quizá, de modo inconsciente en el constructor de la obra o autor implícito, inmanente en el texto en los comentarios de la voz hablante. El autor de *Sarica la borda* vivió en Madrid cuando el de *El Pedroso y el Templao* siempre residió en Zaragoza.

Ahora bien si en las dos novelas difieren las modalidades del careo entre dos mundos, el del narrador y el del mundo textualizado por él, en ambas, la plasmación de lo aragonés estriba en tres facetas, dos de las cuales quedan asumidas

1. *Ibid.*, p. 64.

2. *Ibid.*, p. 53.

3. *Ibid.*, p. 41.

4. *Ibid.*, p. 117.

5. *Ibid.*, p. 38.

6. *Ibid.*, p. 30.

7. José María Matheu, *op. cit.*, p. 76.

por la instancia narrativa y la tercera va esbozada mediante las palabras de los propios protagonistas facilitadas en estilo directo o en estilo indirecto libre. De hecho, de la reivindicación de tipos e indumentarias, de la descripción de lo paisajístico y monumental de la región se encarga, en las dos novelas, el narrador extradiegético echando mano de un fondo preconcebido, heredado, interiorizado de estereotipos transmitidos por los libros de los viajeros románticos o las producciones costumbristas, fondo supuestamente compartido con sus lectores. Pero, ambos se encargan de la descripción de distintas maneras: el narrador de *Sarica la borda* describe desde fuera, como quien observa en tanto que forastero, la región mientras que el de *El Pedroso y el Templao* ofrece una visión más subjetiva de quien conoce lo descrito. Lo mismo sucede a la hora de ceder la palabra a personajes aragoneses que ensalzan su especificidad regional. El de *Sarica la borda*, al hacerlo se distancia de lo dicho, cuando el de *El Pedroso y El Templao* se funde con ello en cierta medida, al mantener cierta ambigüedad.

La reivindicación de tipos e indumentarias con trato laudatorio de lo rústico es obvia en ambos libros, con el ensalzamiento de la robustez de la raza y del aire sano de la región. En *Sarica la borda*, el narrador salpica de vez en cuando comentarios de esta índole: «[...] alimentación sana y el aire del campo»¹ «[...] en todo el paisaje un ambiente de vida sana, juvenil y tranquila que ensancha los pulmones e invade el corazón»².

En *El Pedroso y el Templao*, la evocación física de una muchacha trigueña reactiva los mismos rasgos: «Frisaría apenas en los diecisiete años y toda su persona, su rostro como su continente, respiraba la salud y la frescura de una juventud fortalecida por el trabajo y el ambiente sano y renovado de la campiña»³. Ambas novelas andan llenas de tipos designados como tales⁴: la hortelana, el labrador o campesino, el hidalgo aragonés, el artesano... Y las descripciones propuestas no reflejan una realidad fielmente observada sino que cuadran con estereotipos preconcebidos, interiorizados y reciclados, sacados del fondo literario del locutor y/o de los libros de viajeros románticos y producciones costumbristas. Y este recurso viene señalado, a veces, en la misma presencia de adjetivos como «célebre», «clásico» («el clásico chocolate», «las siluetas clásicas del país», «el célebre pirotécnico de la ciudad»):

Era una de las eras más próximas al pueblo, gallardamente puesta sobre el trillo, dirige la yunta y chasquea el látigo una hermosa joven de diecisiete años, rubia como Ceres, esbelta como Diana, ligeramente tostada por el sol como la Sulamita, un pañolito blanco con pintas negras en la cabeza, atado por debajo de la barba, sombrea su delicioso rostro en el cual

1. Juan Blas Ubide, *op. cit.*, p. 40.

2. *Ibid.*, p. 75.

3. José María Matheu, *op. cit.*, p. 100.

4. Véase el propio título de la primera parte de *El Pedroso y el Templao*: «Dos tipos y varios pormenores».

brilla con intensa expresión el azul de los ojos, otro pañuelo oscuro cubre sus hombros y cruzándose por delante del pecho se anuda en la espalda sobre el corpiño gris, las blancas mangas de la camisa se abrochan en las muñecas, la falda de indiana descende hasta los tobillos y sus pies desnudos se esfuman entre el polvo del trillo. Un labrador como de sesenta años, algo más grueso de lo que suelen ser los hombres del campo, y un muchacho de catorce, avispuado y despierto, en mangas de camisa, y cubiertas las cabezas con anchos sombreros de paja empuñan sendas horcas y tornean la parva¹.

De modo que tanto para la descripción de los tipos y sus indumentarias como para la de lo paisajístico y monumental, el término «pintoresco» recurrente en los libros de viajes y las novelas costumbristas es frecuente en *Sarica la borda*:

Voces cascadas y acentos juveniles, interjecciones robustas, palabras entusiásticas, requiebros, saludos [...] con esa gracia peculiar del pueblo aragonés, padre de Marcial, de Argensola y de Goya, brotaban en discordante coro de aquel grupo movido y pintoresco [...]².

Cerrillares es el pueblo más granado del pintoresco valle del río Algar, uno de los afluentes del Jalón³.

O lo que viene a ser lo mismo en la cita siguiente, porque si en principio, pintoresco era aquello que pertenecía a la pintura, luego se añadió la acepción de digno de ser pintado⁴: «Si un turista con su máquina, que entonces no se había inventado, hubiera tomado una instantánea del mirador en aquel momento, se habría llevado un cuadro precioso»⁵. En cambio, el narrador de *El Pedroso y el Templao* nunca emplea tales adjetivos ni tampoco echa mano de tales referencias, sustituyéndolos por epítetos valorativos de quien aprecia lo visto por haberlo disfrutado aunque la visión propuesta también es estereotipada:

Divisábanse a uno y otro lado las modestas torres que aparecían como escalonadas de trecho en trecho, los campos espagados, las huertas pomposas y lozanas todavía y los grandes manchones de los frutales de atractiva apariencia. Pero por el matiz amarillento y apagado de algunos ramajes, por las mustias hileras de los planteros más próximos, por los tonos algo oscuros de aquél plácido verde, se adivinaba que sobre la extensa campiña había pasado el cálido aliento del sol de Agosto que tanto se deja sentir en estas hermosas vegas⁶.

Pero en *Sarica la borda*, el narrador cede cautelosamente la palabra a aragoneses ficticios cuando se trata de ensalzar la especificidad regional como si no quisiera asumir lo enunciado por ellos. De este modo, introduce en estilo indirecto libre con deformaciones lingüísticas las reflexiones del tío Leoncio acerca de los fueros:

1. Juan Blas Ubide, *op. cit.*, pp. 30-31.

2. *Ibid.*, p. 112.

3. *Ibid.*, p. 28.

4. Véase Esther Ortas Durand, «El pintoresquismo de personas, tipos e indumentarias aragoneses según los viajeros de la primera mitad del siglo XIX», in José Carlos Mainer y José María Enguita (Eds.), *op. cit.*, pp. 175-176.

5. *Ibid.*, p. 74.

6. José María Matheu, *op. cit.*, pp. 23-24.

¿No había él oído siempre decir a las gentes más leídas y escritas que nuestros fueros aragoneses son el colmo de la sabiduría, que ninguna nación le ha echado nunca la pata a nuestra tierra en materia de justicia, y que los nombres de aquellos insines deputaus de nuestras cortes antiguas, que tan buenas leyes hicieron, merecían esculpirse en mármoles y bronces?¹

Pero también en réplicas recogidas en estilo directo² o en estilo indirecto³ destinadas a valorarlas como creaciones propias de la región. Además, cita, distanciándose de él, el sermón apologético sobre la agricultura leído por un eclesiástico. Este distanciamiento frente a lo dicho no queda tan claro en *El Pedroso y el Templao*. También él deja la palabra a aragoneses que hablan en nombre de su pueblo como en el caso del alegato del fiscal durante un pleito. A lo largo de seis páginas⁴, el narrador se esfuma, su mediación desaparece, si bien, al principio, señalaba con los nexos habituales la inserción de un discurso indirecto. De pronto, el lector se apropia del discurso que se le propone sin guiones ni comillas. También, en otra ocasión, no se sabe si el narrador habla en nombre de los aldeanos, retomando sus asertos o en nombre propio: «Cierto que el reo no tenía entre estos grandes simpatías, pero influía mucho más ese sentimiento de justicia, natural y brioso en un pueblo que ha sabido encarnarlo tan admirablemente en sus instituciones y leyes»⁵. Pero, si ambos autores plasman la realidad aragonesa con modalidades algo distintas es que su relación a la especificidad de su tierra y de sus habitantes difiere un poco.

Identidad aragonesa en el debate identitario nacional

De hecho, Juan Blas y Ubide en *Sarica la borda* defiende la identidad regional sin renunciar por ello al carácter nacional de España. Para él, ser aragonés es una manera de ser español. Su propósito es, por tanto, informar de las costumbres aragonesas (los guisos, los bailes como la jota, en particular, la forma de ser habitual y cotidiana) a un lector que las desconoce, porque conociendo Aragón en tanto que región española se ahonda en el conocimiento de la historia de España y se capta la esencia de la identidad nacional. En varias ocasiones, una descripción de la tierra aragonesa la reivindica como parcela del territorio nacional:

Todo Aragón, todo el territorio conquistado por los hijos de Sancho Ramírez, Pedro I y Alfonso el Batallador, se abarca de una mirada desde el pico de la Virgen y los ojos del cuerpo y del entendimiento quedan deslumbrados ante las maravillas naturales y los recuerdos heroicos que encierra ese girón glorioso de la tierra española⁶.

1. Juan Blas Ubide, *op. cit.*, p. 150.

2. *Ibid.*, pp. 157-158.

3. *Ibid.*, pp. 165-166.

4. José María Matheu, *op. cit.*, pp. 78-83.

5. *Ibid.*, p. 85.

6. Juan Blas y Ubide, *op. cit.*, p. 80.

O le permite informar sobre la historia más global de España:

Acercáronse los comensales, puso Antoñita a cada uno su servicio y mientras lo consumían se habló un poco del tiempo, de los trigos y del chocolate, que D. Bernardo elogió como se merecía, porque es fama que en Piedra se elaboraba exquisito y aunque fue el primer monasterio de España donde se introdujo el uso del aromático soconusco[...]¹.

Por ello, el narrador recuerda la historia medieval, las hazañas de algunos aragoneses en la guerra de Independencia, en los sitios de Zaragoza, las guerras carlistas. Y al tiempo va explicando tal o cual costumbre, tradición, juego, comida, cuando se presenta el caso:

Quien no haya visto bailar a las señoritas de los pueblos de Aragón la jota de la tierra no puede imaginarse cuanta gracia y encanto, nobleza y donaire se revela en los artísticos ademanes y movimientos de esa danza popular que expresa los celos y las ansias, la rendición y la fuga, la voluptuosidad de los amores y la dignidad del pudor².

Es tradición, entre las doncellas de la comarca, que la primera que logra sentarse en aquella losa se casa antes que sus compañeras³.

...tomaron chocolate montado, como se llama en Aragón o sea un lunch que dicen los anglófilos⁴.

Para José María Matheu, la perspectiva es distinta, pero no tanto, en realidad. Él también maneja los mismos estereotipos de Aragón y sus habitantes, pero considera que los hábitos y costumbres son conocidos de sus lectores. A veces habla en nombre de los españoles. En cambio, entremezcla, de vez en cuando, rasgos específicos del pueblo aragonés, con cierta ambigüedad narrativa, incitando de este modo al lector a identificarse a representantes honrosos que ensalzan su raza.

Conclusión

Aunque ambas novelas se dirijan al mismo lector de carne y hueso, es decir, el de la *Revista de Aragón*, los requisitos ideológicos y editoriales de este soporte de difusión, al parecer, influyen poco en las modalidades de construcción de una posible especificidad aragonesa. En cambio, el contexto literario y cultural tiene más influencia al imponer y transmitir sus estereotipos para la plasmación de una imagen literaria de Aragón y sus habitantes. En 1903 y en 1904, la especificidad aragonesa tiene poca vigencia y, por consiguiente, las novelas de costumbres estudiadas no pretenden fijarla rotundamente en torno a unos cuantos rasgos sino que con cautela reactivan estereotipos interiorizados.

1. *Ibid.*, p. 58.

2. *Ibid.*, p. 126.

3. *Ibid.*, p. 78.

4. Juan Blas y Ubide, *op. cit.*, p. 136.